

General Pedro Nel Ospina

A Víctor Manuel Velásquez Toro.

En la mañana de hoy presenciaste, prendido de mi mano, la exhumación de los despojos del Excmo. señor General Pedro Nel Ospina. Cuando tus veintiún meses de hoy se tornen en otros tantos años, podrás dar de este hecho testimonio, y al visitar el mausoleo que guarda sus cenizas, recordarás, hijo mío, que desde tu primera infancia rindes culto a los insignes servidores de la patria y admiras agradecido sus hazañas.

V. T. E.

Sólo la muerte pudo imponer reposo al General Ospina, y aún en este definitivo descanso lo hallámos en actitud lista para la marcha o para el vuelo: los veintidós años corridos desde su muerte respetaron sus tejamentos, y la cerviz y la muñeca y la rodilla, las manos y los pies, conservaban la posición de quien transitoriamente ha interrumpido su tarea y listo se encuentra a reanudarla. La fuerza del hábito le hizo como permanecer motorizado, en guardia.

Y fue porque entre septiembre de 1858 y julio de 1927 —linderos de su vida— tampoco dio tregua a su inquietud mental ni física: al lado de sus padres conoció el destierro con sólo tres años de vida, y dos lustros más tarde ingresaba a la Universidad de Antioquia; pero cinco años después —ya iniciados sus estudios de medicina— se incorporó en la guerra de 1876; termina-

da ésta se traslada a Norte América y en la Universidad de Berkeley obtiene un lucido grado de ingeniero; pasa a Europa y se especializa en París en Química analítica y en las minas de Freiberg (Alemania) en metalurgia. En plena juventud, con veintitrés años no cumplidos, regresa a la patria con título académico y con doble especialización, pese a la interrupción impuesta por la guerra.

Y comenzó el ejercicio de ese sagrado ministerio que para el General Ospina fue el trabajo: la minería de Antioquia recibió de él y de su eminentísimo hermano don Tulio el apoyo eficiente del primer laboratorio químico fundado entre nosotros, y simultáneamente dictaba clases, iniciaba cultivos agrícolas, divulgaba los medios para producir café, redactaba "El Deber" y hacía literatura.

Sobreviene entonces nueva guerra intestina, la de 1885, y en ella toma parte esencial el dinámico luchador; triunfantes sus armas, cuenta apenas veintiocho años cuando el doctor Núñez le ofrece con insistencia el Ministerio del Tesoro, que no acepta, así como rechaza la Agencia Fiscal del país en Londres. Acepta en cambio la rectoría de la Escuela de Minas, y con su sucesor inmediato —don Tulio Ospina— imprimió desde entonces al plantel ese carácter de laboriosidad, de grandeza, que lo aprestigia y amerita como fecundo semillero de hombres grandes y almácigo de patriotas.

Tras breve ausencia del país que le impone su retiro de la rectoría, regresa a proseguir su labor infatigable: junto al laboratorio su tarea docente, tan del agrado de su alma generosa; la gerencia de la Ferrería de Amagá, en cuyos rudimentarios talleres de entonces hace fabricar la rueda Peltón por primera vez entre nosotros y varios implementos de labranza que agilizan el trabajo y aumentan su eficiencia; asiduamente escribe en la "La Voz de Antioquia", en "El Constitucional" y en "La Justicia" y dedica vigiliias y jornadas sin tre-



General Pedro Nel Ospina
Ex-Presidente de Colombia

gua a las tareas agrícolas, de las cuales espera y obtiene la independencia económica y la autonomía que su carácter demanda. Amagá y Fredonia le contemplan escogiendo los sitios para las plantaciones de café, al tiempo mismo que estudia sus yacimientos carboníferos; las selvas inhóspites del bajo Cauca antioqueño fueron desde entonces comprendidas por él y por lo tanto apreciadas en su ingente valor, e inició las tumbas en donde hoy pacen desafiantes los ganados y la riqueza nacional.

En 1890 concurre por vez primera a la Asamblea de Antioquia; en 1892 y en 1894 es elegido Representante de Antioquia ante el Congreso y fue en éste la personificación del Historicismo ante el Gobierno del señor Caro, sin desmayos ni vacilaciones.

Nueva guerra interior estalla en 1899; el General Ospina no se interesa por tomar parte en ella, quizá en la esperanza de que fuera tan fugaz como lo había sido la de cuatro años antes, o bien por la convicción de que para el engrandecimiento de la patria es mejor instrumento la azada que el fusil y más provechoso cultivar la tierra que cultivar los odios. No obstante, el triunfo de Peralonso sembró el alarma entre sus correligionarios, y fue por eso por lo que con destacados y numerosos elementos de selección de Antioquia toda se formó la "División Ospina", a cuyo mando marchó el General y cuyo jefe de Estado Mayor fue el doctor Carlos E. Restrepo. Jornadas, vigiliass, sufrimientos, luchas, combates, victorias; pacificación de los Departamentos de la Costa Atlántica, en donde la división sostuvo treinta y dos combates en dos meses.

Un nuevo y mayor sacrificio le impone esta revolución: aceptar el Ministerio de la Guerra para que los ejércitos se unifiquen en entusiasmo y en busca de que cesen las hostilidades. Verdad que él comparte las opiniones políticas que profesa el Gobierno y por eso y por el estado de emergencia bélica hace parte de él,

aunque no ignora, ni desconoce, ni justifica su origen cuartelario, reñido con la pureza de sus ideales y de sus prácticas republicanas; sirve con lealtad a la patria, pero sin incondicionalismo a los hombres, y ni siquiera con su silencio compra la permanencia en un gabinete que realza con ella. Obtiene como consecuencias su propia destitución, el aprisionamiento y el destierro.

No imita a quienes simulada o realmente exilados se dedican a denigrar a su patria o a comerciar con gobiernos extraños no desinteresados la personal represalia, nó: el general Ospina sigue trabajando para Colombia, y en Méjico investiga los medios de ventajosa producción de algodón, en Manchester estudia las grandes fábricas textiles, en Estados Unidos y en Alemania investiga la manera de mejorar la deficiente navegación del río Magdalena: de allí vinieron la Fábrica de Hilados y Tejidos de Bello y el vapor "Antioquia", patrióticos engendros que tan gallardamente lucen en la vigorosa juventud de la industria colombiana.

Los odios políticos y personales perduraban, no obstante. Y cuando la Asamblea de Antioquia eligió al general Ospina Senador de la República en 1903, el entonces Ministro de Guerra fue osado hasta pedir al eximio cuerpo colegiado la reconsideración de su medida: vigorosa, imponente, con orquesta de rugidos, fue la respuesta, digna de Antioquia y de su Senador electo, y allá estuvo en el recinto del Senado, frente al Gobierno que lo desterrara y frente a los hombres que lo habían sucedido.

Tras una breve tregua de vida republicana, insuficiente para el restablecimiento de las fuerzas nacionales, sobrevino la calamidad en forma inusitada e incompatible con el carácter de los colombianos: la dictadura. Y fue en agosto de 1906 cuando en nota dirigida al Gobierno de Antioquia, el general Ospina cuarteó con su dialéctica y con la catapulta de su pluma el andamiaje en que dictador e interesados usufructuarios

montaban el tinglado de sus hazañas; desde entonces perdieron marcialidad sus movimientos por la viciosa posición en que los dejara el ataque. Tanta fue la reacción y tan agrio el encono que el Excmo. señor Arzobispo, llegado apenas a Medellín hubo de intervenir ante el Gobierno Nacional para que cesara en su actitud persecutoria contra el general Ospina, so pena de provocar la inmediata reacción defensiva de Antioquia toda, cuya conciencia había acertadamente interpretado su gallardo vocero:

Y con motivo de dar a sus hijos completa formación intelectual, se marchó a Europa; mejores días llegarían para la patria y más propicios para su engrandecimiento, sin mengua de la libertad.

Los males, empero, de la patria continuaban, y tras un año de ausencia regresó al país. Fue entonces una verdadera fragua el Laboratorio de Ospina Hermanos, en donde se templaban los ánimos para defender la libertad, para difundir el descontento, para organizar la defensa de la verdadera república; de los confines todos de su territorio acudían los patriotas, y allí templaban sus armas para la lid de buenos colombianos. Caído el Dictador, el encargado del Poder Ejecutivo ofreció al general Ospina el Ministerio que quisiese desempeñar, pero su respuesta fue distinta: solicitó que el gobierno fuera entregado, de acuerdo con la Carta Constitucional, al Vicepresidente de Colombia, para evitar a éste nuevos sufrimientos. Y así se hizo.

Vino después la Asamblea Nacional que había de elegir presidente constitucional para un nuevo período, y allí, en una de sus curules, estuvo el general Ospina, en una selecta comisión, de plenipotencias dijérase, que escogió a Carlos E. Restrepo casi en vísperas de la efemérides centenaria de nuestra emancipación. Y Restrepo fue ungido mandatario de los colombianos.

Designado el general Ospina Ministro Plenipotenciario ante el gobierno de los Estados Unidos, no obs-

tante sus siempre vivos conceptos de la carta de agosto de 1906, hubo de aceptar la misión: escabrosa, difícil; la opinión de los colombianos compartía la suya y la respaldaba en forma integral; la herida seguía sangrante, y no por latente era menor el resentimiento de la debilidad nacional frente a la rapiña de ocho años atrás. La ocasión de hacerlo notorio ante el mundo no se hizo esperar; cuando el Secretario de Estado pretendió visitar a Colombia, interrogado Ospina sobre la forma como Colombia miraría su venida al país, contestó sin titubeos que mal, porque aún había ofensas sin perdón. El escándalo en las cancillerías hizo trío armonioso con la admiración con que fue mirado el gesto de un pueblo pequeño y pobre ante el coloso, y con la honda satisfacción de los colombianos al verse tan fiel y exactamente interpretados en su sentir genuino. Promoción a otra legación, que no aceptó; nueva radicación en Bélgica, en donde lo sorprendió la guerra del año 14 y cuya legación aceptó entonces ad-honorem, para servir mejor los intereses de sus compatriotas y los de otros suramericanos.

En 1917 visitó la patria. Los jóvenes de entonces —abuelos de hoy— le recibimos con alborozo y con entusiasmo. Lo recuerdo muy bien: marcial el continente, severo el ademán, la mirada vivaz de toda su existencia y como detalle nuevo e impresionante, larga y majestuosa la barba, que recordaba simultáneamente las efigies del progenitor insigne y la maravilla perenne del Tequendama.

En calidad de primer Designado para ejercer el poder ejecutivo, preside el Consejo de Estado; y en septiembre de 1918 asume el cargo de Gobernador de Antioquia. Puede afirmarse sin hipérbole que no hubo sección cuyos problemas no estudiara, distrito por cuya prosperidad no se preocupara, ni proyecciones futuras que su mirada águilina no incluyera dentro del campo visual de su pasmosa erudición. "Necesitamos una

generación de machos”, había dicho gráficamente en el seno de la Asamblea algunos años antes, y presidiendo los destinos del Departamento persiguió la vagancia como medio eficaz de alcanzar aquel objetivo; la Colonia de Antadó fue desde entonces una lejana y operante invitación al trabajo. Las vías de comunicación dejaron desde entonces de ser trazadas por la intriga de los caciques y gamonales, para confiarlas a la técnica que simultáneamente consultara topografía, suelos, ríos, estadística de producción y riqueza potencial de las zonas que habría de recorrer la carretera. La instrucción pública, cuya extensión máxima fue el desiderátum supremo del general Ospina, recibió de su gobierno impulso notorio en el Departamento: aumentar las escuelas y remunerar mejor a los maestros; clasificar científicamente el personal discente para que los anormalmente tardíos no retrasen el avance de los más; provocar el estímulo, la noble emulación entre los institutores y entre los alumnos. Promovió la formación del mapa geológico de Antioquia, confiando la tarea a los alumnos de la Escuela de Minas bajo la dirección del eminente Profesor Scheibe; estimuló con fervoroso afán el estudio de la solución de la comunicación con el mar, mediante ferrovía que redimiera a Antioquia de las frecuentes sequías del Magdalena; visitó personalmente el territorio departamental, en donde la planta gubernamental no lo había hollado, y las montañas de Ituango, las selvas de Urabá y la región costanera de Antioquia le vieron estudiando su formación e iluminando su futuro. En abril de 1920 dejó la Gobernación del Departamento, y en ella y en las dependencias todas, un ritmo de celeridad, un sentimiento inconfenible de avance, un anhelo colectivo y simultáneo de prosperidad.

Y vino su candidatura presidencial. Ansia vieja en numerosos colombianos que desde antes le conocíamos y simulado temor de quienes no le comprendían o,

mezquinos, le envidiaban. Ataques, polémicas, públicas discusiones; esgrimir de argumentos expuestos con honradez y con decencia por adversarios hidalgos, que en seguida eran rebatidos; rastrero arrojar de guijarros y de lodo contra la esbelta montaña de su nombre que en fuerza de gravedad, regresaban a la hondonada de donde partían y que sólo cubrió, al cabo del tiempo, el torrente de lava de la magnanimidad del general Ospina, tan densa y copiosa que alcanzó a nivelar el panorama con sus tenaces detractores.

Y el presidente fue, de acuerdo con su concepción del mando, el gerente de los intereses generales, con garantía de las libertades, con desarrollo armónico de las iniciativas y con acelerado progreso patrio. Distritos y regiones que los caracteres de la imprenta nacional desconocían hasta entonces, empezaron a figurar en las casillas presupuestales; cesó la asfixia de las extremidades del territorio porque para todo él hubo vida, sangre nutricia, comunicaciones; extendióse con ímpetu inesperado la red de ferrocarriles y de carreteras y hubo un maravilloso desperezarse hasta de la misma geografía nacional: aquí, en Antioquia, con la intervención de ese otro gobernante epónimo no por olvidado menos meritorio, que se llamó Ricardo Jiménez Jaramillo, se avanzó el ferrocarril al Cauca y se tatuó, sobre la epidermis accidentada de nuestro territorio, un lábaro de carreteras con cuyo signo vencieron las provincias apartadas y se redimió en mucho la agricultura.

Agricultor él mismo, con amplias ejecutorias ante sus colegas, sirvió a la tierra y a sus hombres con tenacidad y denuedo: para el crédito promovió el Banco Agrícola, cuyas cédulas fueron suscritas en la desconfiada Nueva York; para la movilización de frutos y acceso a los campos remotos, hizo las vías; valorizó los frutos con el aumento del medio circulante que, en su administración, pasó de diez millones a setenta y cinco millones ochocientos catorce mil pesos (75.814.000).

El Banco de la República fue obra suya, creado en singulares circunstancias de precipitud y de urgencia, con maestría exquisita; la misión Kémmerer obra suya fue, y con ella "la capacidad de acción fecunda, segura y audaz para Colombia", con que sorprendió a otras naciones; las sociedades anónimas fueron intervenidas por el Estado en forma que, sin contener su desarrollo, evitaron viejos y no siempre naturales escollos; el recaudo de las rentas públicas, merced al control escrupuloso, aumentó en un 115% bajo su administración, sin más tributo nuevo que el aumento del 10% al arancel aduanero hecho por Ley de 1922 para respaldar un empréstito bancario, casi totalmente cancelado en los cuatro años de su gobierno.

Natural y lógico fue, desde luego, que el Cuerpo Diplomático acreditado ante nuestro país, tras el análisis de la obra gigantesca del gobernante, hiciera su panegírico y no escatimara elogio alguno para el mandatario genial. Más aún: se vió el caso que desde toldas de sus adversarios políticos, autorizados y de talla ministerial, surgiera la idea ante el público de modificar la carta constitucional para prorrogar el término de su mandato. Mentas honradas y corazones patriotas anteponian en aquellos felices tiempos la prosperidad de la patria al odio esterilizante y negativo.

Fue así como trascurrieron rápidamente los años de su gobierno: como en esas mañanas brumosas, frío el ambiente y oscuro el horizonte, en que tal parece cual si el sol tuviera con brazos infinitos qué despejar la maraña de nubes densas, para abrir paso a sus rayos fecundantes. Se fundió el hielo de las cimas; calor y no pequeño se difundió en la atmósfera; huyeron derrotadas las nubes, y el horizonte se tornó radiante.

Milagros del talento, del trabajo, de la probidad, al servicio de Colombia.

Y esa fue la impresión general, sin distingos políticos. Bogotá se estremeció emocionada para exterior-

rizar su gratitud y su admiración al mandatario saliente el 7 de agosto de 1926; Medellín no le fue en zaga, y el fervor colectivo de los antioqueños, además del común sentir con la sociedad bogotana, quería como exteriorizar su satisfacción y su orgullo por ser uno de los suyos, por electiva adopción, quien tan eficazmente había timoneado el poder con unánime beneplácito.

No habían transcurrido 11 meses desde entonces, y el 1° de julio de 1927 murió el General. Colombiano total, en el sentido estricto del vocablo, fue el duelo que provocó su muerte, propagado a otras naciones del continente en donde su gloria y la fama de sus hazañas eran conocidas y admiradas; no fue sólo su hogar el huérfano sino el país entero, que intuía en él un celoso guardián insomne del brillo de su escudo.

Con todo, las democracias, tornadizas y versátiles, olvidan a sus benefactores y a quienes integralmente saben servirlos: una Ley de la República ordenó erigir una estatua al General Ospina, y hubo de hacerlo el fervor de sus copartidarios; una Ordenanza de Antioquia dispuso un mausoleo grandioso, testimonio de la veneración y del reconocimiento del Departamento, y fue su familia quien hubo de realizar la obra. "Bendita seas aunque así nos olvides" podrán decir los grandes servidores de los pueblos, si celebraran asambleas ultraterrenas.

Tiene el monumento en donde yacen definitivamente las cenizas del general Ospina un hondo simbolismo que así podría interpretarse: al centro de severo hemicírculo las cenizas de un hombre que invita a analizar su vida, cierto de que nada hallarán menos limpio sus compatriotas y sí mucho qué aprender para engrandecer a Colombia; un jardín de blancas columnatas jónicas brota y avanza en elación ascendente, como figurando las cualidades múltiples del luchador caído y sus grandes virtudes: interrumpidas en el tiempo,

cuando un potencial sin límites aún las animaba, hubieron de replegarse sobre sí mismas para formar sus capiteles, petrificados en blancura. Elocuente lección que nos da el arte desde la cátedra fúnebre y perpetua del mármol, sobre la vida genial de quien sirvió a la patria sin tregua ni desmayo, con el trabajo, con el talento y con la fe.

Medellín, mayo 19 de 1949.

Victoriano TORO ECHEVERRI

